

INSTITUTO DE INVESTIGACIÓN EN RECURSOS CINEGÉTICOS

IREC, integrando la caza sostenible en la conservación de la biodiversidad

La caza: un desafío en evolución. Desde el punto de vista ecológico y evolutivo la caza representa una parte fundamental de la vida en este planeta. La depredación, como concepto general de la caza, es el nexo que une la vida y la muerte, y la capacidad de sobrevivir del depredador y la presa. La cantidad de rasgos adquiridos a través de la evolución de cualquier especie animal para no ser cazada o poder tener más éxito en la caza son casi innumerables o simplemente conforman la propia entidad de la especie. Como ejemplos evidentes pensemos en las adaptaciones de todo tipo de especies presa, desde invertebrados a mamíferos, nos encontramos con el desarrollo del camuflaje, estructuras protectoras o capacidades de huida más eficientes. Por parte de los depredadores encontraríamos precisamente las armas para contrarrestar estas adaptaciones de la presa mediante sentidos mejor desarrollados, una anatomía especialmente diseñada para matar y unas técnicas de caza más sofisticadas. En todo esto la especie humana comparte rasgos de depredador y presa, si bien nuestra capacidad cognitiva nos permite decantarnos hacia la primera de una forma más que eficiente.

A lo largo de la evolución cultural como *Homo sapiens* hemos aprendido a mejorar nuestras capacidades para asegurarnos el alimento. Primero como cazadores-recolectores y después como agricultores-ganaderos, un paso que sin duda dimos porque la primera opción no nos aseguraba la subsistencia en muchos casos. Como decía Ortega y Gasset en el prólogo a *20 Años de Caza Mayor del Conde de Yebes*, la caza siempre ha sido escasa o cuando menos los animales han sido difíciles de cazar y por eso nuestra especie ha tenido que idear tantas técnicas y artes de caza a lo largo de la historia. Tampoco hay que olvidar que el equilibrio depredador-presa también se basa en limitaciones naturales del depredador que no le permiten matar todo lo que tiene a su alcance. Esta regla natural, que tan solo es quebrantada a escala evolutiva si no se produce una coevolución de presa y depredador, se ve mucho más fácilmente alterada cuando entra en juego la especie humana por su capacidad para evolucionar tecnológicamente de forma muy rápida. Aunque en la mayoría de los casos la extinción o declive poblacional de especies animales tiene causas asociadas a la destrucción de su hábitat, no son escasos los ejemplos en los que la caza indiscriminada mediante armas de fuego ha contribuido de forma importante en su desaparición. Cualquier cazador hoy en día sabe que sin control de sus acciones y sin limitar sus capturas la sostenibilidad de la caza estaría en peligro, tal y como también apuntaba José Ortega y Gasset.



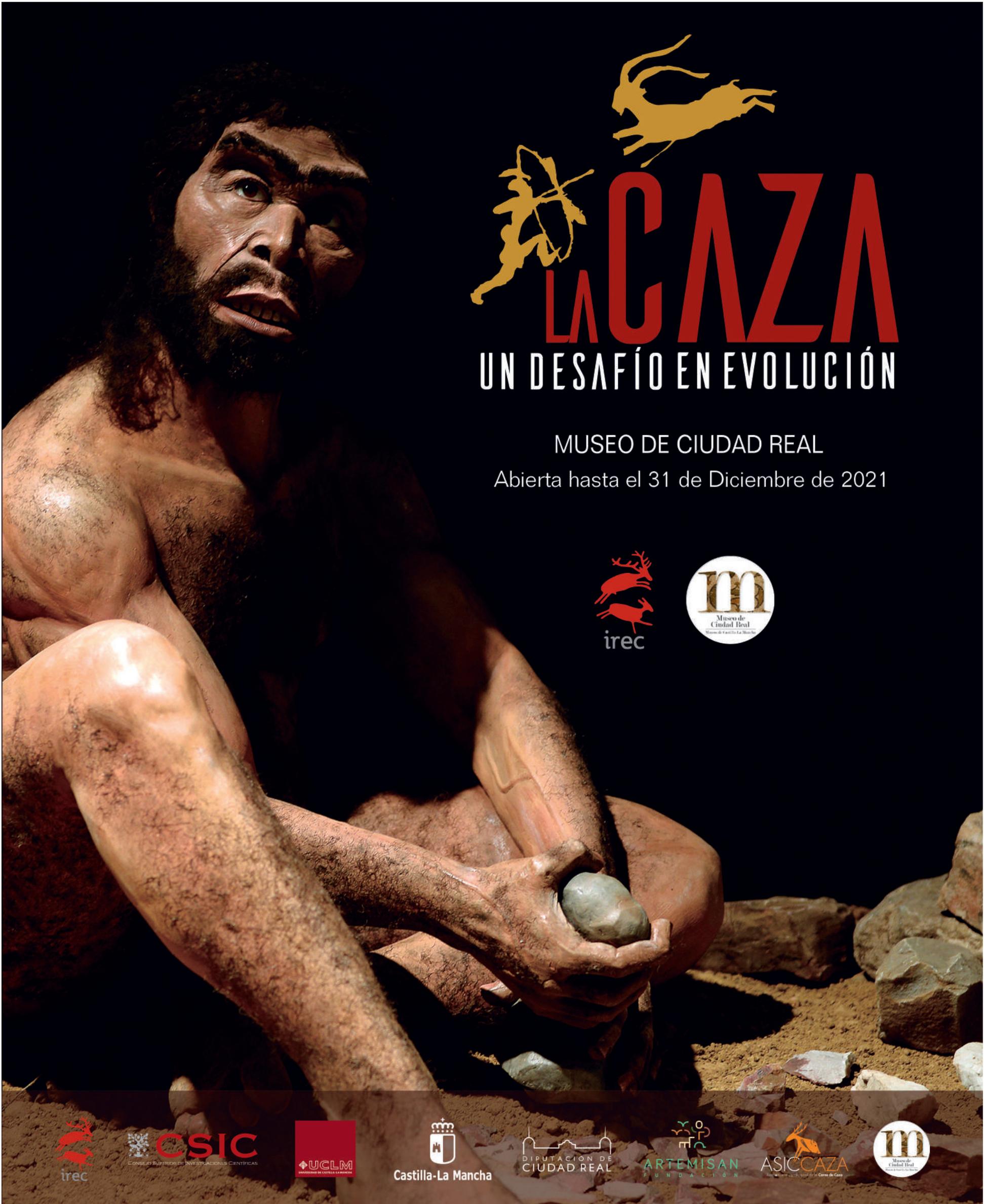
Imagen de la exposición 'La caza, un desafío de la evolución', impulsada por el IREC en el Museo de Ciudad Real

Esta toma de conciencia como depredador racional y de la necesidad de limitar la capacidad cinegética (o depredadora) es una característica propia de nuestra especie, de la misma forma que lo está siendo la mayor preocupación por la conservación del medio ambiente de una forma más general. En el marco de esta evolución adaptativa somos conscientes de las limitaciones de los recursos naturales, como los cinegéticos, y empezamos a ver la necesidad de hacer un uso sostenible de ellos. Precisamente es en esta fase de nuestra evolución cultural en la que las ciencias de la vida como las que se desarrollan en el IREC aportan soluciones para situaciones complejas y conflictos intereses de todo tipo. Todavía hoy en día, a pesar de disponer conocimiento científico para mejorar la gestión de los recursos naturales hacia la sostenibilidad, el retraso temporal en la toma de decisiones nos hace llegar tarde ante retos tan importantes como la extinción masiva de especies y el cambio climático.

En pleno siglo XXI, la caza tiene un futuro incierto en los países industrializados. Eso, paradójicamente, puede tener consecuencias negativas para la conservación. En 1990 había en España más

de 1.440.000 cazadores, cuando ahora sólo quedan unos 650.000 - menos de la mitad. Además, su media de edad ha ido subiendo y la proporción de jóvenes que se incorporan a esta actividad es cada vez menor, lo que conlleva una enorme pérdida cultural. No olvidemos que nuestra especie ha sido fundamentalmente cazadora durante la mayor parte de su historia. Pero, además, que haya menos cazadores supone un coste considerable, no sólo por la pérdida de actividad económica en el medio rural, sino por el papel clave de la caza en la regulación de especies capaces de causar importantes daños a la ganadería, a los cultivos, al tráfico rodado e incluso a la biodiversidad. Es aquí donde la caza puede ser también entendida como un importante servicio ecosistémico, que el IREC puede ayudar a gestionar asesorando a gestores, organizaciones y administraciones relacionadas con el medio natural y la caza. Una herramienta independiente, como es nuestro centro de investigación, es esencial para la resolución de conflictos en torno a las especies de caza, ya que encontrar equilibrios sensatos requiere siempre de mucha ciencia.

Instituto de investigación en recursos cinegéticos



LA CAZA

UN DESAFÍO EN EVOLUCIÓN

MUSEO DE CIUDAD REAL

Abierta hasta el 31 de Diciembre de 2021

